

MUJERES DE OTOÑO

[VISIONES DE MI ADOLESCENCIA]



N una tarde de atmósfera de plomo, de lluvia monótona, de inmensa quietud espiritual, llegó el Diablo a mi aposento.

Hacia tiempo que mi corazón rebosaba amargura; larga temporada de abstinencia sentimental me tenía embargado y mudo; de mi vida obscura había huído esa emoción que promete a los artistas grandes sorpresas, o insuperables instantes de felicidad. En vano quise amar y descubrir misteriosos senderos; estaba yo privado de esas dos condiciones que hacen intensa y fecunda la vida de los artistas: el contentamiento del corazón y la atención escudriñadora de los espíritus. Era, pues, un páramo sombrío.

Pero el Diablo llegó a mi aposento, en una tarde tediosa y horrible, y me habló de esta manera:

—Por mucho tiempo he puesto una sombra en tu vida porque así convenía a mis designios. Para recompensar los males que has sufrido vengo en obsequio tuyo a darte la clave de uno de estos dos asuntos que son dignos, cualquiera de ellos, de un poema inmortal. Escogerás el que más te convenga.

—¿De qué se trata?

—Se trata de que obtengas el pleno conocimiento de una de estas dos almas: de la mujer soltera de veinticinco años, o el de la mujer que remonta la edad de los treinta, sin ser casada.

Deseo el conocimiento de la última—le dije.

—Es tuyo;—repuso—desde hoy lo obtendrás; pero a condición de que expreses por qué te has decidido por el espíritu extremadamente maduro, otoñal, de la mujer de treinta años.

—Es bien sencillo. Mi vida fogosa, de ardiente vivacidad por las cosas nuevas que acusan plenitud de armonía, plétora de felicidad, fresca olorosa constantemente renovada y afinada, ha hecho que yo haya penetrado sin dificultad en el poco complicado mecanismo de las almas jóvenes de una pureza casi cristalina, casi diáfana. Conozco a la mujer desde que deja la crisálida de su adolescencia y es mariposa que revolotea por todas las florestas de la imaginación y el ensueño, donde hay rosas de entintados matices, fuertes manchones de púrpura, violados tornasoles, fúlgidos carmesíes, verdes metálicos y esmaltes de fuego... En el ardor juvenil la mujer es profundamente sensual. Los motivos que rigen su voluntad están determinados por una impresión fuerte, primitiva. Sus nervios establecen una lucha con la realidad llena de relieves perturbadores, de colores encendidos, de olores envolventes, de figuras bien recortadas, simétricas, rítmicas, enfiladas. Por estas razones la mujer en esa edad ama ciegamente el uniforme: ya sea de estudiante militarizado o de oficial de caballería. Las niñas de veinticinco se mueren por unos bigotes recios, de esos que el Kaiser lanzó a la moda mundial para sugerir cosquillas espasmódicas. Y no es menos sugestivo y sensual el traje masculino a rayas o de confección plana y rectilínea. Las corbatas de piel de seda con tonos chifónes, los calcetines moteados con labores de punto, los guantes de suavidad enloquecedora, y tantos otros aditamentos que la industria moderna ha inventado y perfeccionado (monóculos, fuetas, polainas, moqueros, brújulas, quitasoles, etc., etc.) distraen fuertemente la atención de las pollitas que se desviven por este prototipo de la civilización: un hombre cursi.

—No es todo—dijo el Diablo.

—Ya lo creo—respondí. Falta aún exponer el aspecto de esa literatura del flirt y que sirve de medio conativo para conquistar a estos corazones de chupamirto. Usted bien sabe, Diablo amigo, que las niñas no se ocupan de problemas trascendentales. Ellas prefieren esa literatura "claridosa" que les ahorra atención o esfuerzo mental. ¡Huyen de la delicadeza del ingenio y de las ideas sutiles como del cólera morbus! Llega usted a un artista o a un sabio a charlar con una damita que frise entre los quince y veinticinco, y verá usted cómo se aburre; pero en cambio, ponga usted delante de ella a un dependiente de ultramarinos o a un agente de las decantadas compañías petroleras, y verá usted cómo de allí resulta un matrimonio. (Generalmente a los hombres sabidores nos dan calabazas).

Sonrió el Diablo, y yo continué:—Este tipo de la criatura en primavera me es ampliamente conocido. No quiero ahondar con digresiones especiosas determinados aspectos de su carácter melodramático hecho del más puro romanticismo; porque en esas cuestiones juegan interesante papel mis amigos los poetas.

—Bueno, basta. Dime ahora, ¿realmente te interesa el conocimiento de la mujer que has escogido?

—No me interesa—repliqué—me seduce y me inquieta. La mujer otoñal me ha sumido en largas meditaciones; me ha hecho divagar alrededor de su actitud tranquila y tolerante, sobre la fina filosofía que traiciona su espíritu porque se vierte en sus ojos y asoma pudibundamente en sus gestos y ademanes. Más allá de ese hermetismo discreto no he penetrado nunca. Deseo mirar fijamente en los crepúsculos pálidos de esas almas desesperadas que aman el silencio y se cubren de dignidad y misticismo. Cuántas veces las he visto distraídas en una vana ansiedad, sin que haya podido inferir nada en su mal contenido propósito. Las he sorprendido en las bancas de piedra de los parques abandonados, en las salas de espera de los ferrocarriles, en los palcos de las zarzuelas, en el oratorio de los templos, en los casinos, en los salones de baile, en las tiendas, en los paseos. Las hay que son lirios que se doblegan en un cansancio suave, arrobador; otras que llevan los brazos caídos, muertos, dentro de amplias mangas, como dos alas rotas; las más andan como Emperatrices destronadas, con los ojos abismados en un pensamiento envenenado de quimeras; algunas visten ropas de telas adhesibles, plegadizas, que modelan y descubren la arrogancia del seno o la esbeltez romántica del cuerpo. Son verdaderas flores de arte que se mutilan voluntariamente, dando su capitoso perfume y esparciendo sus hojas con la dulce ironía que les deja quizá la desesperanza. ¿Por qué aman estas mujeres las novelas de Balzac y Jorge Sand? ¿Por qué tienen en la voz la fascinadora dulzura que hace meditar y decidirse? ¿Por qué se insinúan fuertemente con un monosílabo o con un desmayo de manos o de ojos? Con frecuencia yo las he espiado y he ido notando sus deslices, pero sin precisar el móvil de su conducta. Suelen llorar cuando se les cuenta la historia de nuestro primer amor, y se enternecen cuando nos burlamos de su optimismo candoroso. Son creyentes y buenas cuando uno se entrega a ellas docilmente, sin falsos pudores. ¿Por qué? ¿por qué proceden así?..

—Lo sabrás desde ahora—dijo el Diablo. Y al terminar sus palabras de súbito, embargó mi espíritu un largo y profundo sueño...

Al despertar, la tarde gris se había tornado en luminosa. El Diablo había desaparecido y yo era dueño del ansiado secreto.

Se bien, lector, que tú ardes en deseos porque te revele la complicada psicología de la mujer de treinta años. Con gusto te donaría cuanto hay de interesante en ella; pero mi respetuoso cariño a esta mujer fuerte, me hace callar la intensa y rara idealidad que hay en el fondo de su ánima. Conformate con una confidencia que voy a hacerte en gracia de la atención que me has dispensado. Oye: el análisis de tan compleja sensibilidad ha despertado en mi espíritu un doble sentimiento: el de una tristeza aguda, parecida a la tristeza que sentimos después de una noche en que hemos llorado de hastío y desesperación; y el sentimiento de lástima que inspiran en nosotros, delicadamente, las rosas que se marchitan en el rincón solitario de un aposento, sobre un florero abandonado que mano pladosa retiró y que sirvió para decorar el ataúd de una joven difunta que poco ha se llevaron al cementerio.

Tristeza y lástima, capaces de generar en el alma un poema lleno de caridad, de amor dolido y resignado por estas mujeres de grandes oleras, de alargados y nerviosos dedos, de rostros llenos de ansiedad que se petrifican de frío, silenciosamente, en las noches inconsolables de viudez estéril y de eterna y enorme melancolía...